

Finalistas del IV concurso de Microrrelatos Matemáticos

En el anterior número de Entorno Abierto se publicaron los microrrelatos ganadores en las diferentes categorías del IV concurso de Microrrelatos Matemáticos que se celebró el pasado curso. Vamos a presentar ahora los finalistas.

Educación Primaria

¡Libertad para los ceros!

Ariane Martínez Serrano (Zaragoza SchoolHouse)

Érase una vez un país donde los números pares e impares vivían separados en ciudades con altas murallas.

Los ceros eran sus esclavos porque gracias a ellos podían superar sus miedos: los impares tenían miedo de sumarse entre sí, porque todos sus hijos saldrían pares; los pares tenían miedo de sumarse con los impares, porque todos sus hijos se volverían así.

Un día, una niña cero se rebeló y gritó: ¡Pensadlo bien, no nos necesitáis! Si vivís juntos, ni pares ni impares desapareceréis.

Al darse cuenta, liberaron a los ceros, que pudieron viajar y ver mundo.

Cero patatero

Nuria García Aranda (CPI Rosales del Camal)

Érase una vez una niña que no le gustaba nada las matemáticas y que consideraba que el número 0 era inútil y lo despreciaba.

Un día, ayudaba a su madre a hacer un pedido *online* de patatas, porque estaban de oferta en el supermercado. Debía de comprar 10 kilos pero al día siguiente vino un camión para descargar 100 kilos de patatas... ¡¡¡No tenía suficiente espacio en casa para guardarlas ni dinero para pagarlas!!!

Ahí aprendió y empezó a valorar la importancia del número 0.

Educación Secundaria

Castañuelas

Alberto Miana (CPI Espartidero)

Le llamaban Castañuelas, porque siempre chasqueaba la lengua simulando este instrumento, pero causando irritación y molestia en el prójimo. Él decía que le recordaba a un taco de billar rompiendo un conjunto perfecto de esferas, encerradas en un triángulo equilátero. Y justo en una de sus partidas, algo sucedió que arrojó luz sobre su teoría; una teoría que trataba de ordenar el precipitado caos.

Sin embargo, más tarde advirtió que el caos no se podía ordenar; el caos sería siempre muerte y destrucción. Tarde lo supo Castañuelas, cuando saliendo del bar donde jugaba fue pateado por varios criminales callejeros.

Cada persona es una ecuación sin resolver
Mariví Gracia Martínez (Colegio San Gabriel)

Cada ecuación tiene su solución. A veces cuesta más, pero cuando las intentan solucionar las personas correctas el resultado siempre es correcto. Realmente el problema no es el ejercicio sino cómo se plantea y se lleva a cabo, ya que en el intento de resolver el problema puedes equivocarte y hacerlo mal. A veces se lee el ejercicio y resulta difícil pero cuando lo llevas a cabo es fácil, ya que a veces las apariencias engañan.

Bachillerato

La calculadora
Javier Azón (La Salle Gran Vía)

La pérdida del móvil del chico me sacó del cajón en el que estaba olvidada.

Que alegría la mía al sentir la suave presión de sus dedos sobre mis teclas. No sabía si podría responder como antes. Mis fuerzas no eran las mismas. Al final, conseguí dar el resultado.

Entonces, pude oír decir al chico sorprendido «papá, este trasto funciona», a la vez que veía reflejada su sonrisa sobre mi pantalla.

Aproveché para grabar en mi memoria este momento de felicidad, consciente de que pronto volvería al cajón de los recuerdos.

Ad populum
Marcos Carrizo Pérez (IES El Portillo)

«Si hay algo que me han enseñado las matemáticas, es que la suma de números de poco valor puede igualar a números con valores más altos. Las personas funcionamos exactamente igual.

Si nos unimos, el resultado equipara al valor de las personas más ricas. No son conscientes de que la fuerza de todo un grupo, por poco valiosos que puedan parecer sus integrantes, puede ser suficiente para destronarles. El resultado es que múltiples unos, al sumarse, alcanzan al cien.

Es cuestión de matemáticas».

Discurso de Jacob Weiler
Matemático y líder de la sublevación contra el gobierno aristócrata inglés

General

La carrera definitiva
Raquel Villacampa Gutiérrez

La tortuga, cansada de llegar siempre a la meta tras Aquiles, le propone a este el reto definitivo, ese que acallará todos los rumores y paradojas: nunca nadie volverá a decir que ella es la más lenta. Así, al grito de ¡y tres! la tortuga comienza a rodar por la braquistócrona y le dedica una sonrisa al atónito Aquiles.

Los números de la vida
Sara Lapuente Martínez

Tras aproximadamente 280 días nacemos a unos 130 latidos por minuto y vivimos 83 años de media, en los que respiramos y parpadeamos 15 veces por minuto.

Vamos unas 5 veces al año al cine, leemos más de 10 libros, y en los 30 días de vacaciones que tenemos nos gusta ir en un 62% al extranjero.

Desde los 18 años circulamos en coche a unos 100 Km/h por carreteras autonómicas y nacionales hasta que nuestra fuente de energía, el corazón, llega al temido 0, asistolia y fin.

Relatos cortos

El dilema de Clark Vauss

Marcos Carrizo Pérez

La cúpula del techo se abrió hacia los lados desvelando el cielo nocturno que se encontraba salpicado por estrellas y coronado por la Luna. Desde las instalaciones militares en las que se encontraba, Clark podía contemplar aquel hermoso espectáculo.

— Profesor Vauss —de repente, alguien le llamó.

Al girarse, se encontró cara a cara con el comandante Fienn.

— Señor —contestó Clark con educación para seguir las normas de los rangos.

— ¿Ha hecho ya la última revisión de sus cálculos? —le preguntó.

Este asintió con firmeza.

— Sí, señor. Son correctos.

— Eso espero, profesor. Recuerde que el mínimo fallo significaría una pérdida de millones de euros invertidos en esta operación —Clark tragó saliva—. Además de otros tipos de pérdidas, claro.

— Soy consciente, señor.

El hombre de alto rango le miró fijamente.

— Así me gusta, profesor.

Esbozó una breve sonrisa y se alejó de donde estaba Clark. El profesor, matemático con mucha experiencia, suspiró y, respirando hondo, analizó con delicadeza el misil que se encontraba en el centro de la sala. El proyectil, preparado ya en su base de lanzamiento, tenía un gran tamaño e impresionaba el hecho de que su piel metálica escondiera dentro un corazón dispuesto a destruir. Era majestuoso, sin duda, pero su destino era devastador.

— Que empiece el lanzamiento —la orden del comandante no se hizo esperar.

Clark observó cómo el militar estaba cerca de las mesas de control en la que varios trabajadores ya tecleaban. Estaban poniendo en marcha la misión. El misil apuntaba al cielo, dispuesto a surcarlo saliendo con grandeza de la zona en la que se encontraban todos los involucrados en aquel proyecto.

Tras unos segundos de preparación, los propulsores se activaron.

— Cuando usted quiera —se escuchó que un trabajador le decía al comandante.

Este solo tenía que apretar un botón para disparar el arma. Clark, lejos del misil por seguridad, observó cómo el hombre no tardó ni un segundo en darle.

Lo siguiente que el matemático vio, fue cómo el proyectil salía disparado con fuerza. Se iba alejando poco a poco. Parecía que se perdía entre las estrellas que iluminaban el cielo.

— Lanzamiento completado —el aviso fue instantáneo.

— Si el misil llega a su objetivo —el comandante miró a Clark ya que esta parte del plan estaba a su cargo por sus cálculos—, habremos ganado la guerra. Nuestros enemigos no podrán hacer nada contra el ángel de batalla que les hemos enviado —todos le escuchaban atentamente y casi parecían asentir ante sus palabras—.

Espero que seáis conscientes de lo que acabáis de hacer. Habéis ayudado a vuestro país a conseguir la victoria —esto último debería alegrar a Clark, pero había algo en él que se lo impedía.

El discurso acabó con una sonrisa por parte del orador. Clark cerró su puño con fuerza. Sabía perfectamente qué se lo impedía. Dejó que sus párpados cayeran con lentitud hasta que su visión se volvió oscura. No quería ver más el misil surcando el cielo. No podía.

— Ya no hay marcha atrás —susurró casi para sus adentros.

No pudo evitar que una lágrima recorriera su mejilla con suavidad como un pequeño riachuelo. Esta representaba lo que sentía en su interior.

— Ya está hecho —se dijo.



— Por favor, demos un gran aplauso al matemático que, con sus cálculos, ha hecho que ganemos la guerra — la voz que dirige el evento le nombra con fuerza—. ¡Clark Vauss!

El recién nombrado respira hondo. Finge una sonrisa y sale al escenario por detrás del telón. La gente está reunida en la plaza mirando lo que ocurre en el escenario, que está a más altura. Aplauden.

Clark lo contempla todo sin saber cómo reaccionar. Trata de que su sonrisa no se quiebre para no mostrar sus verdaderos sentimientos.

— Gracias a él, nuestra nación ha conseguido alzarse con la victoria —vítores y gritos se mezclan con los aplausos del público.

Clark, entonces, se da cuenta de que la gente de verdad está contenta por el final de la guerra. Sin embargo, no saben lo que se ha necesitado para acabar con ella.

«¿En qué momento mis cálculos se han manchado de sangre?», piensa Clark.

Todas las miradas se posan en él. Parece que, con ellas, le dan gratitud por lo que ha hecho.

«¿En qué momento los números de mis operaciones se han convertido en vidas humanas?».

El ambiente festivo no cesa. De hecho, se alza con fuerza.

«Al final, el resultado de la ecuación se ha alcanzado, pero, ¿a qué precio?».

La alegría se propaga como un virus que, entre gritos, crece con grandeza.

«Quería acabar con la guerra. Por eso mismo acepté el puesto en la operación. Sin embargo, no era consciente de lo que se necesitaba para que esta finalizara».

— ¡Tiene un arma! —se escucha entre la multitud.

Clark se percata de que, con rapidez, la alegría se convierte en temor. Entre los movimientos de la gente de la plaza, ve a una mujer con una pistola en la mano. Esta le mira con rabia en la lejanía. En el fondo, Clark le entiende. Eso mismo siente él sobre sus actos. Por un momento, desea ser aquella mujer. Desea estar con esa pistola en la mano. Desea poder disparar al Clark que ha cometido tal crimen. Desea poder liberarse de la carga que lleva encima.

Y, entonces, entiende lo que va a ocurrir. Sin embargo, no tiene miedo. Deja que todo ocurra como tiene que ocurrir.

«Espero que, algún día, se me perdone por lo que he hecho. A mí y al monstruo que he creado».

Con estos pensamientos en mente, Clark contempla cómo las muecas de terror de la gente van acompañadas del sonido del disparo. La bala no tarda en ganar velocidad acrecentando la tensión del ambiente. Dispuesta a cumplir su destino, desafía al viento dejándose llevar para poder atravesar la carne de Clark.

«Lo siento».

Y cae desplomado al suelo, dejando que su sangre se mezcle con la de aquellos a los que ha matado. Exhala su último aliento.

Ya es libre.

Un cero a la izquierda

Nuria Asín García

Toda la vida me he sentido muy solo. Soy un cero a la izquierda.

Nací de la mano de un viejo profesor de matemáticas de un pequeño colegio. De esos en los que los niños y niñas son felices.

En clase solo había catorce alumnos, porque esta escuela era de un pueblo pequeño y todos compartían maestro, consejos, aprendizaje y, sobre todo, juegos.

Era un colegio de los muchos que tenemos en Aragón y que se mantienen vivos gracias al tesón de aquellos que dan clase en ellos y de los pequeños ayuntamientos que luchan porque la escuela esté abierta.

El viejo profesor se llamaba Nicolás. Era uno de esos maestros de vocación que ilusionaba con su manera de enseñar.

Un día, abrió su cuaderno de mates, era de esos antiguos, con tapas duras y papel recio, amarillento por sus muchos años. En el mismo tenía problemas, multiplicaciones, divisiones y un sinfín de ejercicios que adaptaba a sus clases. En uno de ellos, me incluyó.

Era un problema clásico, en el que un tendero vendía varias manzanas a una niña y esta las repartía por cestas. El resultado de la división que había que realizar era exacto, y allí me colocó.

Me dibujó estilizado y con trazos bien definidos, pero con mi tradicional «tripota», la que caracteriza a los ceros como yo.

Desde ese momento, comenzó a utilizarme en todas las clases. Era un no parar de movimiento, que se acrecentaba conforme las enseñanzas eran con alumnos más mayores.

Me reía, en ocasiones, porque, según los años que tenía el alumnado, mi presencia les incomodaba. No sabían qué hacer conmigo.

— ¿Dónde pongo este cero? ¿Para qué sirve?...

Había otras veces en que los niños y niñas se enfadaban al verme. Especialmente, cuando aparecía en la primera hoja de los exámenes escrito con un rotulador rojo intenso. Era un simple número, pero solo, tan solo, era muy temido.

Por contrapartida, cuando mi presencia llevaba delante un uno, los pequeños gritaban y reían al conocer el resultado de su esfuerzo.

¡Qué bien se sentían!

Habían trabajado mucho y había merecido la pena. Eso me hacía pensar: «¡Cuánto valor tiene un cero detrás de un número y qué poco si va delante!».

Por todas estas cosas, siempre había sido un número amado y odiado al mismo tiempo. Porque en función de donde aparezco tengo todo el valor del mundo, o ninguno.

Una mañana, mi querido profesor Nicolás acudió a clase, como todos los días, pero, en esa ocasión, los alumnos no llegaron.

Comenzó a recoger sus cosas, y entonces me fijé en que su cara estaba triste.

— Disfruta mucho de tu tiempo libre, le dijo la directora del colegio.

— Muchas gracias, aunque me va a costar acostumbrarme, contestó Nicolás.

Todos los que estábamos en aquel cuaderno comprendimos que algo pasaba.

Nicolás cogió sus cosas, las metió en una caja y, a nosotros, dentro del viejo cuaderno, en su maleta de piel negra.

Tras un rato llegamos a un nuevo lugar. Era un espacio grande, con mucha luz. Incluso nos deslumbró un poco cuando nos sacó del interior de aquella oscura maleta.

Por la ventana se veía un cuidado jardín y, al mirar alrededor, vimos que la estancia estaba llena de mapas, de inventos, una bonita bola del mundo, antigua, como el viejo profesor, y una gran pizarra en la que ponía: «si quieres aprender, suma, resta y multiplícate».

El lema me pareció muy divertido y pensé: «he llegado al sitio correcto».

En esta clase deben de hacer matemáticas, o ciencias; o ser un espacio para experimentos, un laboratorio. «En este sitio seré útil», me dije a mí mismo.

Al igual que yo, todos mis demás compañeros de cuaderno estaban revolucionados.

Los siete decían que en esa clase habría estudiantes pequeños; los tres decían que no, que serían estudiantes de grado; mis queridos ocho —dos como yo forman uno—, decían que se trataba de un aula de universidad.

Nunca pensamos que el lugar al que habíamos llegado en ese viejo cuaderno tan solo era el lugar de retiro de Nicolás, porque se había jubilado. Era el despacho de su casa.

Y allí nos dejó. Encima de la mesa, en una torreta donde se apilaban varios libros y, desde aquel momento, también el viejo cuaderno que era mi casa.

— ¿Qué voy a hacer ahora?, exclamó para sí mismo. Nadie respondió.

Mientras, todos nosotros sentimos una gran pena, porque pensamos que, desde ese día, ese ir y venir de números por la pizarra, por los cuadernos, por los libros..., dejarían de llenar sumas, restas, divisiones y multiplicaciones. Y, con ello, un cero a la izquierda, como yo, todavía estaría más solo.

Pasaron varios días sin que nadie saliera ni entrara de aquella estancia. El silencio se apoderó de nosotros hasta que oímos un timbre.

— ¡Abuelo!, se oyó la voz de varios niños.

De repente, comenzamos a sentir que en aquella casa había alegría, más gente. La familia de Nicolás había llegado. Pero, pasaban las horas y nadie entraba en aquella habitación.

Pasaron dos días.

A la tercera mañana, la puerta se abrió y aparecieron dos pequeños. Sus ojos eran risueños, de diablillo, diría yo. Los pequeños comenzaron a observar el sinfín de artilugios que había en aquel cuarto.

— Mira esta bola del mundo Martín —le decía un niño a otro—, mientras la movía señalando un país que desconocía.

— Aquí hay un libro muy raro, Miguel, indicaba Martín señalando a un texto titulado *Tipos de derivadas*.

— ¡El abuelo tiene cosas muy divertidas aquí!, decía Martín.

— Anda, y tiene una pizarra, ¡vamos a escribir en ella!, le replicó Miguel.

Los dos pequeños cogieron tizas y comenzaron a hacer dibujos en una parte de la pizarra, ya que su altura no les permitía acceder a todo el encerado.

A Martín se le ocurrió la idea de subirse a la silla del despacho y encontró en ella un improvisado coche de carreras, que comenzó a girar y girar.

Miguel, que llevaba una taza con agua en la mano, quiso subirse a la mesa del escritorio para llegar mejor a la pizarra, con tan mala suerte que se le cayó. ¿Y sobre qué cayó? Sobre el cuaderno que era nuestra casa.

— ¡El cuaderno del abuelo!, gritaron a la par los dos niños llevándose las manos a la cabeza.

Una marea gigante hizo que todos saliésemos de nuestras páginas, provocando un gran desorden, el que deja un tsunami cuando toca tierra.

La tinta comenzó a desparramarse por todos los sitios y sentimos que era nuestro final.

Los dos niños, atemorizados por lo que acababa de pasar, cogieron rápidamente el cuaderno y comenzaron a moverlo. El tsunami dio paso a un terremoto en el que nos costó agarrarnos.

— El abuelo se va a enfadar, porque es su cuaderno, y parece viejo, debe de tenerlo hace muchos años, decían con cara triste los niños.

Ambos se miraron y pensaron que tenían la solución en su mano.

Corriendo, cogiendo el cuaderno chorreante en sus manos, fueron al cuarto de baño. De un armario sacaron un secador y comenzaron a darle a las hojas.

Pero, en algunas, la tinta había hecho estragos y toda la página aparecía emborronada.

Los niños, al ver el desastre ocasionado, pensaron que la mejor manera para evitar la regañina era hacer desaparecer esa calamidad, ocultando el cuaderno.

Y así lo hicieron.

Bajaron al jardín y, en el arenero en el que solían jugar, hicieron un agujero, metiendo el cuaderno dentro. Lo taparon y dejaron la arena de la superficie como si no se hubiera movido.

El silencio cayó sobre nosotros durante muchos años. En ese momento y sin necesitar de mi ayuda para las operaciones matemáticas seguí siendo un cero a la izquierda, pero todavía más solo.

Habíamos perdido ya la cuenta del tiempo que llevábamos allí metidos cuando oímos unos ruidos.

Parecía que algo se movía sobre nosotros, algo o alguien estaba quitando la arena, ¡por fin!, la luz nos dejó entrever que estábamos salvados.

La mascota de Nicolás, un gran perro mastín, estaba escarbando en la arena para divertirse y cuál fue su sorpresa al encontrar allí algo que le encantó.

Su boca babeante nos dio mucho miedo, porque pensamos: «otra vez nos vamos a mojar».

Pero, a lo lejos se oyó:

— Buck, ¿qué estás haciendo? Era Nicolás.

Nuestro viejo profesor se acercó hasta el arenero y vio con asombro que allí estaba su cuaderno.

Lo cogió con cariño y lo estrechó entre sus brazos, no sin antes quitarnos parte de la arena que lo ensuciaba.

— Nicolás exclamó: ¡qué alegría! Te he encontrado.

Y mirando su viejo cuaderno, los recuerdos volvieron a llenar su cabeza, volvió a las aulas llenas de niños, de risas, de letras, de números...

Nicolás limpió con esmero aquel cuaderno al entrar a casa, no sin antes preguntarse cómo había acabado en el arenero de su casa.

Una sonrisa llenó su cara al pensar en sus nietos, en cómo ocultaron durante años la pequeña travesura que había hecho. Al preguntarles por ella no lo negaron y, por ello, Nicolás nunca pensó en echarles una regañina —aunque ahora los dos niños eran ya adultos—, sino que solo podía pensar en que había recuperado su cuaderno, el que le había acompañado durante toda la su carrera docente. Aquel cuaderno lleno de números con el que enseñaba matemáticas a niños y niñas que ansiaban aprender.

Y entonces yo volví a respirar tranquilo porque, aunque era un cero a la izquierda y no valía mucho, volví a sentirme seguro entre aquellas páginas.

Hoy, ese viejo cuaderno de tapas duras sigue siendo mi casa, además de ser un tesoro para uno de los nietos de Nicolás, uno de los que lo enterró en aquel arenero.

Porque Miguel, siguiendo la vocación de su abuelo, se convirtió en profesor de matemáticas y, muchos años después, sigue utilizándolo en sus clases.

En él no solo se recogen las enseñanzas de su abuelo, sino que refleja el amor que Nicolás sentía por los números. En él, ni un cero a la izquierda, como yo, estará nunca solo.